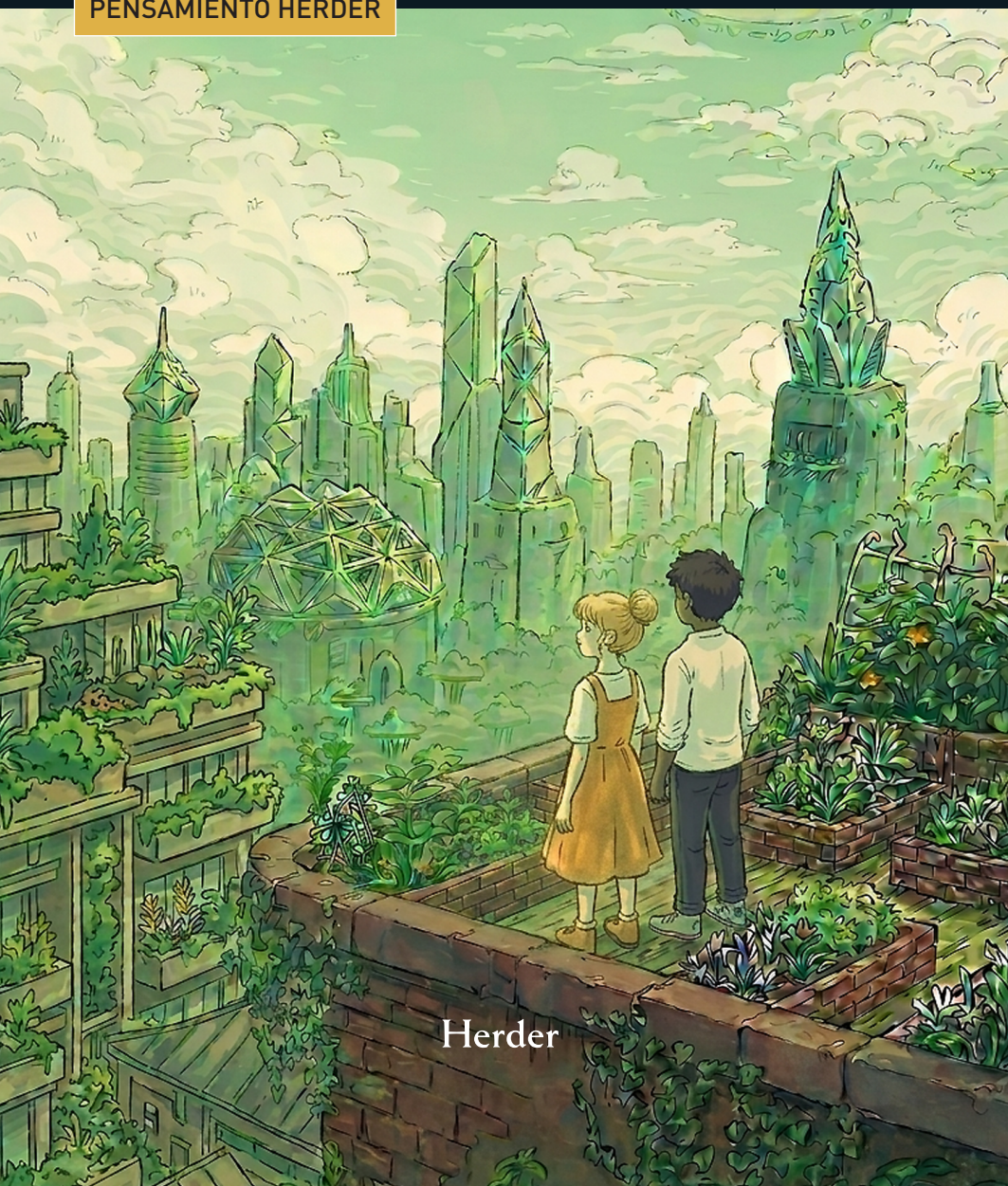


Antonio Gómez Villar

Un ecologismo del 99%

PENSAMIENTO HERDER



Herder

PENSAMIENTO HERDER · FUNDADA POR MANUEL CRUZ
DIRIGIDA POR MIQUEL SEGURÓ MENDLEWICZ

Antonio Gómez Villar

Un ecologismo del 99%

Herder

Diseño de la cubierta: Herder

© 2026, *Antonio Gómez Villar*

© 2026, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5364-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Qpprint

Depósito legal: B-14.335-2026

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

I. ÉRASE UNA VEZ EL ANTROPOCENO	7
La narrativa totalizadora del Antropoceno	7
La humanidad: una figuración políticamente inoperante	18
La forma histórica y social de nuestra crisis climática ...	22
2. LA NATURALEZA EN DISPUTA	27
Una inquietante fantasía: existe la naturaleza prístina ...	27
La ética eco-protestante y el espíritu del ecologismo ...	31
Convertir a la naturaleza en un sujeto	38
La naturaleza es un campo de batalla	44
Una concepción no dicotómica de la relación naturaleza/cultura	48
3. CONTRA LA SUPERIORIDAD MORAL ECOLOGISTA	55
Tremendismo moral y soberbia epistémica	55
La interpelación moral prefigura una respuesta liberal	67
Consumo ecológico para renovar el mandato de clase media	71

4. IMPOTENCIAS POLÍTICAS ECOLOGISTAS	81
¡Tenemos que volver a la base!	81
Demasiado entusiasmo micropolítico	
puede ser un límite	87
La esencialización de las formas eco-lumpen	92
El Mesías solo puede llegar en bicicleta	101
5. RESPUESTAS REACCIONARIAS A LA CRISIS ECOLÓGICA	113
Negacionistas... ¡Porque creen en los hechos!	113
Formas de gobernanza excepcionales	117
La crisis ecológica es una crisis existencial	123
La «ecología nacional» de las nuevas	
extremas derechas	130
6. ENTRE LA <i>CLASE CLIMÁTICA</i> Y EL <i>SUJETO CLIMÁTICO</i>	143
Una mirada materialista sobre el surgimiento	
de la economía fósil	143
Injusticias y desigualdades sistémicas	149
El ecologismo popular de los chalecos amarillos	156
La «clase ecológica» de Bruno Latour <i>aún</i> no existe	164
«Clase y ecología»: un formalismo abstracto	
e ineficaz	168
7. PARA UN ECOLOGISMO PLEBEYO	185
Hacia una topografía subjetiva antagonista	185
Contra el 1%: la internacional reaccionaria fósil	191
Lo verde: una iluminación general sobre	
las tonalidades del campo popular	198
Lucha hegemónica y bloque histórico ecologista	205
BIBLIOGRAFÍA	221

1. Érase una vez el Antropoceno

LA NARRATIVA TOTALIZADORA DEL ANTROPOCENO

En las últimas décadas ha aumentado la contaminación del aire, la emisión de gases de efecto invernadero acumulados en la atmósfera y la destrucción de la capa de ozono; es un hecho la progresiva esterilización, desertización y destrucción de suelos cultivables, el agotamiento de territorios, la deforestación causada por los monocultivos industriales y la caída de cosechas; se ha roto el equilibrio técnico que nos proporcionan los océanos, asistimos a cambios en los flujos de los glaciares árticos, los casquetes glaciares se derriiten, reptan los *icebergs*, se ralentizan las corrientes oceánicas que posibilitan la vida marina, aparecen huracanes violentos en las cuencas oceánicas, desaparecen los bancos de hielo, se acidifican los océanos, perdemos fuentes y reservas de agua dulce, ascienden las aguas; las islas y archipiélagos corren el riesgo de desaparecer bajo el mar y se modifican las líneas de costa; cada vez más se contaminan los acuíferos y esquilmanos la riqueza mineral de la corteza terrestre; se ha reducido la biodiversidad, se amarillea la vegetación tropical, aumenta el número de especies amenazadas y se acelera la extinción de muchas de ellas; es evidente que han aumentado los fenómenos meteorológicos extremos; y se ha

demostrado la existencia de ciclos biogeoquímicos alterados y los saltos de zoonóticos de patógenos entre especies.

La evidencia científica demuestra que nuestro planeta se está calentando, hemos tocado y superado los límites ecológicos y biofísicos del planeta, traspasado el punto de equilibrio planetario, quebrado los límites de nuestro techo ecológico y sobrepasado la capacidad de la tierra y los océanos para absorber los gases de efecto invernadero. La continua extracción de recursos naturales y la emisión de gases están provocando cambios radicales y la situación es difícil en el medio y largo plazo. La transformación de nuestro régimen material tiene un componente fuertemente amenazante: está en riesgo la viabilidad de nuestras sociedades, las condiciones de reproducción de la vida y la base misma de nuestra supervivencia.

El Informe de 2021 del prestigioso Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de la ONU (IPCC) exige limitar el calentamiento entre 1,5°C y 2°C entre 2030 y 2050. Para lograr tal objetivo el Informe sostiene que es necesario reducir las emisiones fósiles un 10% anual. La quema de combustibles fósiles ocupa hoy un lugar central en la emisión de dióxido de carbono. Pero no es el único elemento que interviene: el metano, el dióxido de nitrógeno o el azufre también emiten gases de efecto invernadero. Los diferentes informes del IPCC muestran que el calentamiento global se ha acelerado y que los márgenes de acción para revertir esta crítica situación son cada vez menores. En sus análisis se nos muestra que los escenarios futuros a los que nos enfrentamos son crecientemente caóticos.

Uno de los paradigmas científicos emergentes, incorporado en muchos análisis sobre la crisis ecológica, sostiene que vivimos en una nueva era ecológica, el Antropoceno. El

concepto lo formularon por primera vez el climatólogo Paul J. Crutzen y el ecólogo marino Eugene F. Stoermer.¹ Según esta perspectiva, nos encontramos en un nuevo intervalo de tiempo geológico en el que los humanos tenemos un papel decisivo en la transformación del planeta. Nos hemos convertido en un factor geológico decisivo en la creación de modificaciones y transformaciones biofísicas irreversibles para la Tierra. Para estos científicos los impactos son demasiado significativos como para seguir sosteniendo que vivimos en la era geológica anterior, el Holoceno. En este tránsito, del Holoceno al Antropoceno, el ser humano se ha convertido en el agente que modela la corteza terrestre y altera los procesos de la biosfera. La actividad humana sobre el planeta ha generado cambios ambientales cuya máxima expresión es el calentamiento global.

El concepto «Antropoceno» (del griego *anthropos* [ser humano] y *kairós* [nuevo]) hace referencia específicamente a la dimensión geológica de estas transformaciones: la superficie terrestre está marcada por la actividad humana, es un cambio geológico con reflejo estratigráfico. Los cambios profundos de las «tendencias naturales» pueden observarse en los registros geológicos de épocas anteriores. Los seres humanos hemos transformado la configuración y el funcionamiento de la Tierra como sistema de manera tan generalizada y pronunciada que tiene consecuencias en el registro geológico.

Las narrativas del Antropoceno sitúan el punto de arranque de la nueva era geológica en el nacimiento del industrialismo a mediados del siglo XIX. A partir de entonces las transformaciones acaecidas afectaron a los estratos geológi-

1 P.J. Crutzen y E.F. Stoermer, «The Anthropocene», *Global Change Newsletter* 41, 2000, pp. 17-18.

cos. Dos importantes datos dan cuenta de esta decisiva transformación: la temperatura media de la Tierra es hoy 0,8° C mayor que la media preindustrial; y el aumento de CO₂ en la atmósfera ha aumentado de 250 partes por millón antes de la Revolución industrial a 400 partes por millón en la actualidad. En un período muy corto los humanos hemos llenado la atmósfera de un exceso de CO₂.

Aun cuando el epicentro del nacimiento de esta nueva era geológica, el Antropoceno, suele situarse en los albores de la Revolución industrial, 1950 es una fecha que comporta un punto de bifurcación decisivo: el aumento exponencial de todos los impactos medioambientales. Paul J. Crutzen y el químico Will Steffen² acuñaron el concepto «Gran aceleración» para dar cuenta de las transformaciones acaecidas en la segunda mitad del siglo pasado: expansión económica, comercial y demográfica a través del aumento de la población, el incremento del PIB mundial y, por supuesto, de un mayor consumo de energía. A partir de 1950 tiene lugar un crecimiento económico sin precedentes que implica un aumento de la población urbana, el incremento del consumo de fertilizantes (creció hasta un 160%), nuevos usos del agua, la expansión del transporte privado (los vehículos utilizados superaron los 200 millones), la deforestación, la degradación del suelo y la emisión de gases de efecto invernadero. La «Gran aceleración» hace referencia, pues, a la *aceleración* de los procesos de producción posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el origen más inmediato de la actual desestabilización de los sistemas

2 Cf. el informe *Global change and the Earth System: A Planet Under Pressure*, publicado en 2004 por el Programa Internacional sobre la Geosfera y la Biosfera (IGBP).

de la Tierra y el clima. Creo que la hipótesis de la «Gran aceleración» puede tener potencia política si entiende los cambios sociales y económicos de manera compleja, entrelazados y atendiendo a causas múltiples.

Desde el punto de vista de los indicadores de desgaste y deterioro ambiental, si 1950 es el arranque de la *aceleración*, 1980 es también una fecha importante, pues constituye la primera vez en la historia en que la actividad humana supera la carga del planeta, la primera vez que nuestro modo de vida superó nuestras posibilidades biosféricas. De hecho, desde 1980 hasta hoy hemos emitido la mitad de todas las emisiones de CO₂ que se han emitido a lo largo de la historia.³ Otras perspectivas han apuntado a otra fecha, 1964, el año que se registró la máxima incidencia de lluvia radioactiva.

El interés de la narrativa del Antropoceno, convertido en concepto rector en muchos estudios sobre la crisis ecológica, reside en la manera en que logra enmarcar un conjunto de fenómenos a partir de un antes y un después, una transformación profunda, un momento de ruptura geológica, que da cuenta del poder de los seres humanos de modificar el clima. El planeta se ha visto afectado por la actividad humana a través del impacto en la biosfera y la alteración de sistemas. Los seres humanos somos una fuerza en la naturaleza con capacidad para destruirla; poseemos la misma capacidad de realizar transformaciones en el planeta que otras fuerzas naturales.

Ahora bien, ¿cuándo desarrolló el ser humano su capacidad transformadora del planeta? ¿Dónde situamos el origen del Antropoceno? ¿En el surgimiento de los procesos

3 P. Griffin, *The Carbon Majors Database: CDP Carbon Majors Report*, Londres, Carbon Disclosure Project, 2017.

de industrialización en el siglo XIX, en la «Gran aceleración» a mediados del siglo XX o nos retrotraemos hasta el *Homo sapiens* mismo? Creo que estas preguntas son pertinentes, porque entre los defensores de la hipótesis del Antropoceno existen dos grandes corrientes: de un lado, como ya hemos visto, quienes sostienen que el Antropoceno tiene su origen en la Revolución industrial y la posterior *aceleración* a mediados del siglo XX; de otro, quienes defienden que el Antropoceno comenzó en el preciso momento en que el ser humano comenzó a usar el fuego.

Se puede diferenciar, pues, entre quienes definen el Antropoceno a partir de las acciones realizadas por los seres humanos en una coyuntura histórica dada (perspectiva histórica) y entre quienes sitúan las fuertes transformaciones del planeta en una serie de capacidades humanas inherentes (perspectiva naturalista). Sin embargo, y aun cuando esta distinción analítica es pertinente, considero que ambas posiciones están fuertemente entrelazadas. Para la primera perspectiva, tanto la Revolución industrial como la «Gran aceleración» constituyen puntos de inflexión, es decir, «no son más que los capítulos finales y más impactantes de una larga, enmarañada y evolutiva historia de transformación del medio ambiente de la Tierra por parte del ser humano; una historia que aún continua».⁴ Y es que la tesis del Antropoceno exige, como necesidad lógica, ser deducida de la propia naturaleza humana. Si, por el contrario, solo fuese una dinámica contingente y accidental, es decir, histórica, la narración del *anthropos* no se sostendría. De ahí que muchas perspectivas sitúen como origen fundacional del Antropoceno la manipulación del fuego por parte del ser humano, estableciendo así un hilo

4 E.C. Ellis, *El Antropoceno: una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2022.

de continuidad desde la capacidad humana de controlar el fuego al posterior desarrollo de la economía fósil.

Es en este sentido que los teóricos del Antropoceno llegan a deducir la transición a la energía fósil por necesidad lógica, desde una esencializada naturaleza humana. Se traza una línea de continuidad entre la quema de un árbol por el *Homo erectus* y la quema de un barril de petróleo en el siglo XIX. En la medida que solo el ser humano puede manipular el fuego, ello constituye «el detonante evolutivo esencial para el Antropoceno».⁵ Esta secuencia evolutiva, de la manipulación del fuego primitiva a la combustión de carbón en la Revolución industrial, da cuenta de un relato histórico teleológico, lineal y determinista, una historia predeterminada desde sus inicios: «el dominio del fuego adquirido por nuestros antepasados dotó a la humanidad de una herramienta poderosa y monopolista que no estaba a disposición de las otras especies, esto es lo que nos situó firmemente en el largo camino hacia el Antropoceno».⁶

Desde esta perspectiva, a los humanos se nos otorga una adscripción geológica, se nos señala como fuerza geofísica. Pero ¿actúa la humanidad siendo consciente de detentar este papel histórico? Las perspectivas naturalistas del Antropoceno presentan a la humanidad como no consciente de sus actos ni de las perturbaciones ecológicas provocadas. La historia se desarrolla sin el «conocimiento» consciente del ser humano: «la tendencia general de aumentar el papel y el impacto humano [...] no fue un accidente. Aunque no intencionada, esta tendencia fue fundamentalmente la consecuencia de la

5 M. Raupach y J. Candell, «Carbon and the Anthropocene», *Current Opinion in Environmental Sustainability* 2, 2010, pp. 209-2011.

6 W. Steffen, P.J. Crutzen y J. MacNeill, «The Anthropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature», *Ambio* 36(8), 2007.

evolución de la historia humana». ⁷ Los humanos nos hemos convertido en una fuerza geológica a través de un proceso que se da de manera casi inconsciente o, al menos, de forma no intencional ni voluntaria. Es decir, somos una fuerza geológica más allá de nuestra voluntad individual.

La acción humana sobre la Tierra tiene efectos colaterales, pero no responde a un proyecto. Como sostiene Peter Sloterdijk, «el concepto “Antropoceno” conlleva nada menos que la tarea de comprobar si el organismo “humanidad” es capaz de hacer de un eyecto (expulsión) un proyecto o de transformar una emisión en una misión». ⁸ Más aún, la conversión en fuerza geológica excede la posibilidad de alcanzar una comprensión humana sobre tal hecho. La experiencia humana, entonces, es una fuerza más allá de todo control. Es un proceso anónimo, sin protagonista. Podemos decir que en este nuevo marco temporal e histórico, la Tierra está sometida no a una intencionalidad humana sino a sus *efectos involuntarios*. Esta mirada encierra una fenomenología de la crisis ecológica que elimina la agencia humana, y he aquí el problema: dada su incapacidad para la transformación se torna imposible la actividad política.

El Antropoceno, en su pretensión epistemológica de historizar en «eras», nos ofrece una historia compartida, una gramática lógica y herramientas de representación social. Se propone una historia que comienza narrando el final, una mirada retrospectiva en la que se presenta a la naturaleza humana como un hecho, un grado cero de la humanidad con el que poder medir nuestros excesos presentes. Desde esta perspectiva, existe un universal antropológico que con-

⁷ *Ibid.*

⁸ P. Sloterdijk, *¿Qué sucedió en el siglo xx?*, Madrid, Siruela, 2018, p. 13.

tiene la pulsión y potencia de destrucción y dominio de la naturaleza. Los humanos estamos atravesados por una tendencia antropológica a la extralimitación biofísica; una propensión humana a transformar radicalmente los ecosistemas. Se trata de un materialismo abstracto y naturalista que contiene una perspectiva teleológica y metafísica. No se busca explicar la génesis de la crisis, tan solo señalar el comienzo, una *Génesis* sobre la caída del humano. El ser humano tiene un propósito intrínseco, una lógica propia de despliegue resumida en una escatología cristiana: desde nuestra creación y hasta el Juicio Final, como fin de la historia humana. Así pues, en el Antropoceno opera un cambio radical en la experiencia histórica: el ser humano es, al mismo tiempo, una fuerza geológica y una especie en peligro de extinguirse por las transformaciones que él mismo ha creado.

He aquí una hipótesis telúrica, un *telos* histórico fatalista e inevitable, una naturaleza condicionada y llamada desde el inicio a superar los límites biofísicos del planeta, atrapada en un destino que desborda a los seres humanos. Una sucesión lineal hasta la catástrofe. El discurso del Antropoceno en torno al fuego ha de leerse como una historia conjetural, un mito en el sentido griego de «narración» que quiere explicar figuradamente cómo hemos llegado a desarrollar una economía fósil. Es una historia hipotética y conjetural, no empírica ni corroborada, que combina un doble pesimismo, el antropológico y el histórico, pues el mal parece residir tanto en la naturaleza humana como en las estructuras sociales. Como apunta el teórico político estadounidense William E. Connolly, «si bien el capitalismo, el neoliberalismo, el comunismo, el secularismo, el socialismo, el cristianismo, la socialdemocracia, el humanismo y el judaísmo luchaban entre sí por

imponer un modelo de futuro, todos ellos avanzaban juntos hacia el destino del Antropoceno».⁹

Nótese la influencia roussoniana en el modo de articular el relato del Antropoceno. Se presenta una ficción proyectada sobre el modo en que hemos entablado un nefasto contrato con el planeta. La narración recuerda a la descripción de la perversión de la naturaleza humana que Rousseau expone en la segunda parte del *Discurso sobre el origen de la desigualdad*.¹⁰ En él reconstruye el modo en que el ser humano abandonó el orden natural y construyó otro artificial. Aborda el desarrollo de la historia humana como un proceso de irreversible decadencia y ruina. Al leer a los teóricos del Antropoceno, y sus proyecciones imaginarias, bien probable es que estén pensando, como Rousseau, en el origen de todo: un ser humano primitivo, aislado, autosuficiente, autosatisfecho y vagando por los bosques. Allí donde el ginebrino señala el surgimiento del sedentarismo y la agricultura, y con ella el nacimiento de la propiedad del suelo, como el punto de arranque de nuestro declinar moral, para los teóricos del Antropoceno el origen del mal reside en la manipulación humana del fuego. Al proyectarse sobre el inicial uso del fuego, se quiere dibujar, y remontar, de manera hipotética, un grado cero de la historia humana, porque, dicho con Rousseau, «no hay nada más bello que lo que no es». La genealogía del ser humano trazada por las perspectivas del Antropoceno es, tal como comienza Rousseau su libro *Las confesiones*, «intus et iun cute» (por dentro y bajo la piel).¹¹

9 W.E. Connolly, *Frente a lo planetario. Humanismo entrelazado y política del enjambre*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2023.

10 J.J. Rousseau, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Aguilar, 1973.

11 *Id.*, *Las confesiones*, Madrid, Alianza, 2008.

No es mi objetivo proponer aquí un debate en torno a los fundamentos científicos que permiten, o no, certificar la existencia de una nueva era geológica.¹² Antes bien, lo que me interesa señalar es que la narrativa del Antropoceno no solo tiene una función descriptiva, también constituye una manera de narrar una experiencia de historicidad que contiene dimensiones políticas implícitas en tanto reescribe maneras de entender la relación del ser humano con la naturaleza. Es una formulación discursiva con presupuestos ideológicos fuertes. A partir del término «antropo-obsцена»,¹³ los profesores de geografía Erik Swyngedouw y Henrik Erntson sostienen que el Antropoceno comporta una «antropo-escena». Introducen la categoría estética de «lo obsceno» del teatro griego clásico, que significa lo que queda fuera de escena de la acción dramática, aquella demasiado intensa emocionalmente para ser mostrada de manera explícita (violencia extrema, escenas sexuales, etc.). Estas *escenas-obsцenas* se desarrollaban en lugares escondidos, detrás de una cortina o del escenario. El espectador no veía las escenas, pero era consciente de su presencia perturbadora. Desde esta perspectiva, señalan la «antropo-obsцена» como la escena performativa que genera historias despolitizadas. Dicho en otros términos, la constitución ontológica del Antropoceno contiene formas de acción fuera del escenario.

Bruno Latour considera que «Antropoceno» es el concepto más importante de nuestro tiempo, tanto desde un

12 La Comisión Internacional de Estratigrafía no ha otorgado al concepto «Antropoceno» un reconocimiento oficial. Cf. A. Witze, «It's final: the Anthropocene is not an epoch, despite protest over vote», *Nature*, 20 de marzo de 2024.

13 E. Swyngedouw y H. Erntson, «O tempora, o mores! Interrupting the Anthropo-obsцена», en E. Swyngedouw y H. Erntson (eds.), *Urban Political Ecology in the Anthropo-obsцена: Interruptions and Possibilities*, Londres, Routledge, 2019.

punto de vista filosófico como antropológico y político.¹⁴ Por su parte, Peter Sloterdijk ve en el «Antropoceno» la nueva *minima moralia*.¹⁵ Sin embargo, convengamos que la narrativa del Antropoceno, si bien desafía nuestra percepción del tiempo, no tiene intención alguna de obtener legitimidad historiográfica. Es un relato ideológico que contiene su propia gramática política: existe un sujeto (la humanidad), una concepción de la historia y una ontología precisa. El problema de esta narración es que no tiene una teoría social ni histórica de la crisis que atravesamos y obvia las maneras en que se constituyen las relaciones humanas, porque la demarcación de la periodización temporal se realiza únicamente a través de la hipótesis geológica. Es por ello que la relación naturaleza/sociedad no está pensada a través de lógicas y mediaciones tales como asimetrías sociales, conflictos políticos, relaciones de clase o dimensiones norte/sur.

LA HUMANIDAD: UNA FIGURACIÓN POLÍTICAMENTE INOPERANTE

¿Quién es ese nosotros que nombra el Antropoceno? ¿Qué tipo de agencia humana presupone? ¿Qué figuraciones de lo humano se están proponiendo? ¿Cuál es el *anthropos* del Antropoceno? ¿Qué tipo de identidad constituye? ¿Son todas las fuerzas igualmente determinantes? ¿Cómo se activa una formación social desde este marco? Nos encontramos con el problema de la subjetividad y la pregunta por la respon-

14 B. Latour, *Facing Gaia: Eight lectures on the New Climatic Regime*, Cambridge, Polity Press, 2017.

15 P. Sloterdijk, *¿Qué sucedió en el siglo XX?*, op cit.

sabilidad. Lo que está en juego es la identidad del *anthropos*. El marco conceptual del Antropoceno, en tanto que naturalismo descriptivo, como manera de pensar la relación de lo humano con lo no humano, dibuja una nueva dimensión ontológica: un rígido límite entre la Humanidad y la Naturaleza. Entre ambas se propone una síntesis idealista y trascendente, desatendiendo a las relaciones históricas constitutivas. La humanidad es entendida como una totalidad planetaria, un impulso genérico, interior respecto de sí misma, el sujeto responsable de las alteraciones de la Tierra, o sea, una aserción universalizadora de la subjetividad. Y el ser humano es convertido en un sujeto metafísico, equiparado a las fuerzas tectónicas que esculpen el mundo, un todo absoluto.

En lo que sigue trataré de defender que una política ecologista no puede esconderse tras fuerzas estructurales impersonales. La idea de una fuerza a escala planetaria, la humanidad, constituye una utopía despolitizadora. La representación del «Antropoceno» tiene mucho de «ideología disfrazada de paradigma».¹⁶

La narrativa del Antropoceno desatiende a las fuerzas y los poderes dentro de los cuales los individuos actúan. No da cuenta de las distribuciones desiguales tanto en las emisiones de gases de efecto invernadero como en las consecuencias padecidas. Es ciego a las múltiples asimetrías que configuran las dinámicas socioecológicas. Una cosa es que las acciones humanas se den a escala global y otra bien distinta es que la humanidad actúe como sujeto a escala global. El historiador Dipesh Chakrabarty ha llegado a escribir que «los pobres participan tanto como los ricos de esta historia

16 J. Baskin, «Paradigm dressed as epoch: the ideology of the Anthropocene», *Environmental values* 24, 2015, pp. 9-29.

compartida de la evolución humana». ¹⁷ Quizás tenga razón Gilles Lipovetsky y «la conciencia verde intransigente es un nuevo antihumanismo». ¹⁸ Referirse a la humanidad en abstracto oscurece más que aclara los contenidos ideológicos de la crisis que atravesamos. Slavoj Žižek señala que hay algo de tranquilizador en la narrativa del Antropoceno: si somos culpables de la situación, entonces depende de nosotros el cambio, es decir, cambiando nuestras vidas podemos salvarnos. ¹⁹ La crisis ecológica nos permitiría así hacer experiencia de nosotros mismos.

La humanidad, en tanto sujeto carente de rostro e inexpressiva, queda atrapada en una dinámica circular impersonal. Se propone un concepto totalizador y despolitizador, una realidad y narrativa monolítica como un todo indiferenciado. La concepción de la humanidad como agente colectivo del Antropoceno instituye una subjetividad. Al tiempo, este relato marca y delinea un horizonte político. Es una dramaturgia que determina a los culpables de la crisis ecológica y tiene efectos para la acción: resignación culpable, inercia nihilista, pasiones tristes de época. Esta perspectiva tiene también, y paradójicamente, un sesgo individualista: universaliza la responsabilidad en acciones individuales. De resultas, se crea una humanidad uniformemente culpable: «estamos recibiendo el abrazo mortal de una entidad gigantesca: nosotros en cuanto especie humana». ²⁰ El Antropoceno es un marcador inútil si hace

17 D. Chakrabarty, «Climate and Capital: On Conjoined Histories», *Critical Inquiry* 41(1), 2014, p. 4.

18 G. Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 218.

19 S. Žižek, *Bienvenidos a tiempos interesantes*, Pamplona, Txalaparta, 2012.

20 T. Morton, *Ecología oscura. Sobre la coexistencia futura*, Barcelona, Paidós, 2019, p. 45.

recaer la responsabilidad del nacimiento de una nueva era geológica sobre el «humano universal». La humanidad es un concepto demasiado abstracto como para cargarle el peso de toda la responsabilidad.

Señalar a una humanidad culpable, pero no consciente, de las alteraciones generadas quiere decir que los errores cometidos por la humanidad no son deliberados. Por lo que, entiendo, solo una epifanía naturalista podrá salvarnos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Si queremos encontrar a los responsables de la crisis ecológica, y el Antropoceno ya ha señalado a su causante, el ser humano, ¿qué tendría que ocurrir para poner fin a la crisis? ¿Habría de desaparecer la especie humana? ¿Es el ser humano una plaga que ha producido el planeta Tierra? ¿Es el ser humano el colonizador de un ente con vida propia y conciencia, la Tierra?

En cuanto historicidad, la humanidad como sujeto es una figuración políticamente inoperante. La humanidad a la que se refiere la narrativa del Antropoceno, ese *anthropos* universal, no ha existido nunca. Es obvio que los humanos tenemos problemas en nuestra relación con los entornos naturales, con nuestros ciclos productivos y reproductivos. Y es evidente que las prácticas humanas afectan a los procesos ecológicos. En este sentido, podríamos decir que la crisis ecológica *interpela* a la humanidad. Cosa diferente a señalar a la humanidad como agente, un vacío conceptual que no designa nada. No existe tal cosa como esa abstracción denominada «humanidad», sino sujetos que actúan en contextos históricos, sociales, culturales y políticos específicos. En tanto sujeto político, el término «humanidad» tiene escasa potencia epistemológica.

LA FORMA HISTÓRICA Y SOCIAL DE NUESTRA CRISIS CLIMÁTICA

Precisamos otras atribuciones de responsabilidades, contrarias a la narrativa del Antropoceno, diferenciadas histórica y geográficamente, no abstracciones despolitizadoras; proponer otras miradas que incluyan la perspectiva histórica, las relaciones de poder, las decisiones políticas y las distribuciones de la riqueza. En tanto que análisis geológico, el relato del Antropoceno tiene potencia analítica, pues ofrece un marco crítico para pensar nuestro presente. El problema reside en derivar de él una traducción política automática o entenderlo como una historia final. Si así fuera, no se atendería a la historia que existe detrás del Antropoceno, porque la historia es sacrificada. Es más, en cierto sentido, la narrativa del Antropoceno puede llegar incluso a ser muy conveniente a los intereses de los grandes poderes económicos y políticos, la representación del mundo como una totalidad que gobernar: «el Antropoceno bien podría convertirse en la filosofía oficial de un nuevo geopoder tecnocrático y orientado al mercado».²¹

Chakrabarty sostiene que si queremos explicar el tránsito del Holoceno al Antropoceno resulta reduccionista la historización del sistema capitalista de producción, pues lo que está en discusión aquí es la humanidad como emisora de gases de efecto invernadero. Queda claro una vez más: la humanidad es el agente del Antropoceno.²² Los teóricos del Antropoceno que cargan la responsabilidad sobre las espaldas

21 C. Bonneuil y J.B. Fressoz, *The Shock of the Anthropocene. The Earth, History and Us*, Londres, Verso, 2016.

22 D. Chakrabarty, «The Climate of History: Four Theses», *Critical Inquiry* 35(2), 2009, pp. 197-222.

de la humanidad suelen pasar por alto que el período del Antropoceno se corresponde con el nacimiento del sistema capitalista de producción y su específica forma de organización social. Siuviésemos que aterrizar el Antropoceno a una formación social concreta, podríamos decir que se trata de «la fase de la historia de la Tierra en que los humanos organizados socialmente de forma capitalista han devenido una fuerza planetaria capaz de producir transformaciones en el planeta similares a las producidas por las fuerzas naturales».²³

Rastreando los orígenes históricos de la crisis climática, Jason Moore ha definido nuestra era geológica como «capitaloceno», de manera complementaria al Antropoceno, en un intento de desestabilizar el marco dicotómico humano/naturaleza:²⁴ si «Antropoceno» es la geología de la humanidad, «capitaloceno» lo es de la geología de la acumulación de capital. ¿Quién es, entonces, la fuerza geológica: el ser humano o un régimen histórico de explotación de la biosfera? Es un hecho que la fractura metabólica se radicalizó en paralelo al desarrollo del sistema capitalista de producción y, con ella, el despojo de las condiciones de reproducción natural. «Capitaloceno» da cuenta, pues, no solo de una nueva era geológica, sino también geohistórica, ya que el capitalismo ha estructurado y jerarquizado las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza.

El término «capitaloceno» se refiere así a un nuevo régimen climático y a una reorganización del mundo material. Con él se nombra la forma histórica de la crisis. Consi-

23 C. Soriano, *Antropoceno. Reproducción de capital y comunismo*, Madrid, Maia, 2021, p. 42. El libro es una demostración precisa y rigurosa sobre el vínculo inmanente entre Antropoceno y capitalismo.

24 J. Morre y R. Pastel, «Desenterrando el Capitaloceno. Hacia una teoría reparadora», *El Salto*, 4 de mayo 2021.

dero que existen fuertes razones analíticas y empíricas para apostar por el término «capitaloceno», pues permitiría otorgar otro cariz al debate en torno al Antropoceno desde el punto de vista de la ecología política. «Capitaloceno» es una alternativa política y epistémica que se propone comprender las formas sociales e históricas de la crisis ecológica. Los cambios no son producidos por una humanidad abstracta, sino que está inscrita en un tiempo histórico, en ritmos sociales y en jerarquías inherentes a los desarrollos de las crisis.

Las perspectivas del capitaloceno me interesan, pues, en tanto nos permiten inscribir las transformaciones actuales en relaciones históricas y no las hace depender de un determinismo natural. El planeta está siendo destruido hoy por un conjunto de relaciones sociales, no por un conjunto de átomos individuales egoístas y depredadores englobados bajo el concepto abstracto de «humanidad». Nuestra relación con la naturaleza ha estado mediada durante los últimos siglos por un proceso social específico: la Modernidad capitalista. La Revolución industrial fue un proceso complejísimo y no tuvo lugar en un vacío social sobre la invariable naturaleza humana dominadora de la naturaleza.

Sin embargo, las formas del capitalismo extractivo no agotan la explicación de la crisis ecológica. Sería un error responder a la simplicidad narrativa del Antropoceno instaurando una nueva dicotomía, *anthropos* vs. capital. Nos equivocáramos si repitiésemos el mismo proceso de abstracción del Antropoceno, esto es, creer en la existencia de un ser humano genérico con un potencial destructivo inherente; y propugnar ahora la existencia de una humanidad abstracta en el interior del capitalismo. Si así fuese, ¡todos seríamos capitalistas con la misma intensidad! Antes bien, se trata de enten-

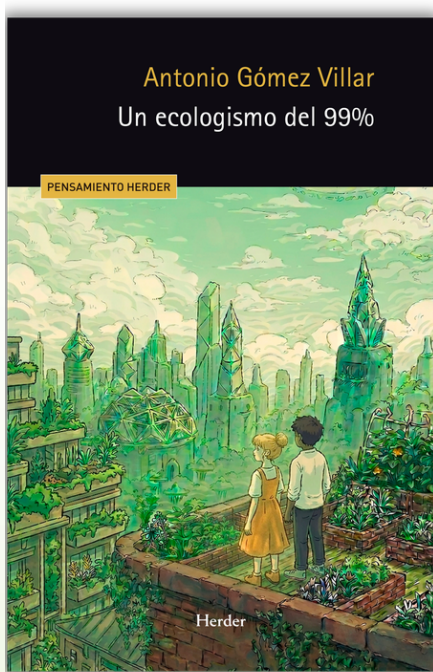
der la crisis desde la historia social y política, como parte de una lucha por el control de los recursos y como resultado de conflictos. El sistema capitalista no es una cosa, un sujeto concreto, es una formación social, una estructura mediada por muchos factores, atravesada siempre por el imperativo de la expansión.

Karl Marx señaló que el capitalismo, a diferencia de los modos de producción anteriores, no pretende mantener un conjunto de relaciones e identidades fijas y estáticas, pues opera a través de un cambio y movimiento constante, tratando de maximizar la plusvalía. El capitalismo es un movimiento sin propósito final, se puede desarrollar infinitamente, es un movimiento continuo de valorización del valor mediante la producción de plusvalía. Es un sistema que tiende al «desarrollo absoluto» de las fuerzas productivas, al «aumento ilimitado de la producción», a la «producción para la producción misma» y al «incremento constantemente acelerado del valor-capital». Así pues, el capitalismo industrial basa su valorización en el desarrollo ilimitado de las fuerzas sociales productivas desde una apelación constante a lo ilimitado.

El imperativo capitalista de crecimiento incesante y permanente ha depredado el medio ambiente. La dinámica de crecimiento constante, la lógica productivista, el expansionismo, el incremento constante de la productividad y la voracidad infinita, choca con los límites del planeta y destruye el medio natural. La lógica del capital es una lógica sin frenos, ciega e ilimitada, en un mundo finito. La lógica capitalista precisa espacios de realización, apropiarse de ellos, digerir recursos naturales. La Tierra como mercancía ha sido durante mucho tiempo un activo gratuito para la producción. Hoy podemos decir que la lógica capitalista ha des-

truido las bases materiales de su reproducción y nuestros modos de vida se han vuelto incompatibles con los sistemas naturales. La energía fósil, condición de posibilidad de la era industrial, está en la base de la destrucción de sus propios fundamentos materiales.

UN ECOLOGISMO DEL 99%



Frente al discurso individual de “recicla más” o “consume verde”, el libro señala al verdadero responsable del desastre ecológico: el capitalismo fósil.

Este libro es una llamada urgente a pensar la ecología desde la vida común, y a construir un mundo justo para las mayorías y no para el privilegio de unos pocos.

El autor propone construir un “ecologismo plebeyo”: popular, materialista y mayoritario, capaz de unir lucha ecológica y lucha social.

¡OBTÉN EL TUYO!



CLICK
AQUÍ

COLECCIÓN PENSAMIENTO



«La crisis ecológica genera una doble injusticia: quienes menos han contribuido a ella están asumiendo con mayor radicalidad sus consecuencias; y las zonas que menos han contribuido al cambio climático son, en cambio, las más afectadas».

ANTONIO GÓMEZ VILLAR